

Santiago, 17 de Junio de 1948

Señor  
Eduardo Frei Montalva  
PRESENTE

Muy apreciado Eduardo:

Llega un momento en la existencia del hombre en que colocado frente a su destino, se ve precisado a escoger la senda por la cual debe marchar. Y ello ocurre no solo en el campo de la vocación individual, sino también en el del servicio social. Porque no podemos, como cristianos y como miembros de una comunidad, prescindir del imperativo de buscar el reino de Dios y su justicia, en el doble plano: de nuestra propia vocación, y de su proyección en lo social.

Precisada que hube mi natural inclinación y elegida la profesión de Abogado como la mejor que coincidía con mis aptitudes, dediqué mi esfuerzo a su aprendizaje, pero sin olvidar de vincularla a las otras actividades humanas. Exponente de ello fue mi paso por la presidencia de la Asociación de Universitarios Católicos, por la dirección de la Revista "Mástil", de la Escuela de Derecho, y del periódico "Claridad", de la Federación de Estudiantes, y mi tesis de Licenciado, que posteriormente publicara como libro la Editorial del Pacífico con un magnífico prólogo suyo, del cual estoy tan reconocido.

Pero hoy, en que he concluido mis estudios y me inviste la Excma. Corte Suprema de la calidad de Abogado, y en que me enfrente al camino más duro y áspero, en que el esfuerzo y la responsabilidad exigida son mayores, se me presenta también como imperativo el de decidir, en forma definitiva, el campo en que proyectaré mi trabajo social.

Para ello, comprendo que es absolutamente necesario, en la hora presente, vincularse a otros hombres; pues en la época eminentemente socializada en que vivimos, los esfuerzos individuales pesan muy poco, y solo son los trabajos comunes los que dejan verdadera y honda huella en el campo social. Por otra parte, la comprensión del ideal cristiano comunitario me lleva también a esta solución. Es preciso que los católicos nos unamos férreamente, y dejando a un lado egoísmos y pequeñas diferencias, trabajemos en común, cada uno a medida de sus posibilidades, por un orden más humano y digno, donde los hombres pueden vivir libres de angustias y miserias.

Desde hace tiempo miraba con simpatía el movimiento de la Falange Nacional. Veía en ella una concreción de mis ideas social cristianas, unida a una

lealtad a toda prueba a sus principios. Pero no había ingresado a sus filas porque me merecía críticas su posición política, y también por que no decirlo, pesaban sobre mi conciencia los cargos que le formulaban otros sectores a los cuales me encuentro estrechamente vinculado. Se me afirmaba: a) que la Falange era un partido de "Jóvenes ingenuos, cuando no ambiciosos", que habían iniciado una aventura guiados exclusivamente por la soberbia y el afán de figurar; b) que su labor era ineficaz y que su esfuerzo habría sido más productivo en la lucha dentro del partido Conservador; c) que su línea política era vacilante, y me señalaban diversas actitudes que en realidad eran dudosas, cuando no antagónicas: d) que no tenía posibilidades de triunfo, y que "Jóvenes como yo no podían arriesgarse en una tan dudosa cuanto estéril aventura"; e) que eran "cripto comunistas", a quienes el resentimiento había llevado a entregarse a esta secta y a seguir sus consignas fielmente; y en fin, f) que "eran enemigos de Cristo que lo vendían por un vil puñado de monedas, constituidas por las prebendas electorales".-

No niego que estas críticas, apoyadas de fuertes razonamientos, y unidas a las que yo formulaba al informarme en la prensa de vuestras actividades, me hacía mirar con recelo a este partido.

Pero quise formarme una impresión personal, y los busqué. Travé conocimiento con muchos falangistas, y pronto, esa fuerza misteriosa que une los corazones afines, me hizo encontrar en cada uno de vosotros un nuevo amigo; un nuevo amigo; nuevo en su proyección en el tiempo, antiguo en afinidades espirituales. Luego tomé conocimiento que vuestra organización interna, y participé en foros y asambleas, y finalmente, en vuestro último congreso, magnífico y ejemplar. Con todos estos antecedentes, comencé a desvirtuar los cargos que les formulaban:

a) Muy pronto me di cuenta de que lo que parecía orgullo era sino una honradez a toda prueba y un comportarse consecuente con sus principios, que erais ambiciosos, pero que el objeto de ella era la noble superación, y el buscar un destino mejor para los "Humillados y ofendidos" por un régimen social y económico infame. Que lejos de perseguir posiciones personales, manteníais siempre una actitud que os acarrea dificultades y sinsabores, pérdida de prestigio y combate continuo. Que muchos de vosotros erais heroicos, al soportar una lucha con un enemigo tan poderoso, y que peleaba en dos flancos: el comunista y el capitalista. Que tenías que ser valerosos al no dejaros seducir por el poder y el dinero, que os rodeaban por todas partes, y en un abrazo deseaban estrangularos.

Que los predicadores, del odio de clases y la burguesía os miraban con lupa para descubrir todas las pequeñas debilidades que pudieran encontrar en vuestras personalidades, y presentarlas aumentadas, con el objeto de escarneceros;

b) También se me había dicho que vuestra labor era ineficaz, y que vuestra influencia habría sido mayor en otros cuadros. Pero pronto me convencí que tampoco estaban en la razón. Que era efectivo que esa posibilidad existía, y que algunos la habían preferido, y que estaban dando ese combate, pero su influencia era pequeña. Porque si bien es cierto habían logrado algunos avances, estos eran muy lentos, y no constituían obra absoluta de ellos, ya que en gran parte se debían a influencias espontáneas de la opinión pública, que plasmada por las ideas falangistas, las imponían en el Partido Conservador. Que las declaraciones que aparecían como novedades, eran las que ya había hecho la Falange cinco o más años antes. Y por último, y esto era lo fundamental, entre su manera de pensar y su actuación práctica, no había ninguna relación; porque si bien es cierto incluían estas ideas en sus programas, declaraciones públicas o discursos, no las vivían; y llegando el momento, sostenían que estas verdaderas no eran tales para la hora presente, sino "para cien años más". Y entonces yo, que comprendía la urgencia de estas realizaciones, y que aunque joven, no estaba dispuesto a esperar un siglo, me di cuenta que, para la mayoría, todo ello no constituía sino carteles o afiches de propaganda, con que cubrían un frasco hermoso, pero vacío de contenidos;

c) Me habían sostenido que carecía el partido de una línea definida. Traté de precisar los móviles que los habían llevado a asumir ésta o aquella actitud, y percibí que en iguales condiciones, yo habría actuado de la misma manera. Y que las posiciones parecían de dudosa firmeza, porque una prensa interesada y una propaganda adversa desfiguraban premeditadamente los hechos, haciendo de la palabra honrada "Trampa de necios en boca de malvados"; y que si no obtenían éxitos inmediatos ello se debía a que se negaban a emplear los métodos maquiavélicos puestos en juego por la mayoría de los políticos, y en virtud de los cuales, para adoptar una posición o tomar una determinación, había que estarse más al efecto que ella produciría, que a la honradez y la sinceridad con que pudiera ser enunciada; y que tampoco conocía la hipocresía, y que, por el contrario, les agradaba hablar el lenguaje del Evangelio: "si, si; no, no", aún cuando esto desagradara a los débiles y los pacaos, a los burgueses y a los hipócritas. Comprendí también que era efectivo que habían cometido faltas: algunas pequeñas, otras graves, unas sin trascendencia, otras verdaderamente importante, pero que ellas, lejos de ser las resultantes de malas artes o vedados propósitos, no eran sino equivocaciones propias de vuestra corta experiencia política, y del fuego de vuestra pasión de juventud; perfectamente explicables y justificables, y que, talvez, yo también habría cometido, porque es propio de nuestra edad el ser imprudente y apasionados, cuando sé esta cierto de defender una justa causa;

d) Se me había dicho también que yo no podía participar de una tan dudosa aventura, porque "era más aconsejable que no fuera imprudente, ya que la Falange nunca tendría una mejor posición".- Ante esta objeción, me hice íntimamente la pregunta de cual era el objetivo de la vida: si el encumbrarse a

alturas considerables, afirmándose en donde se pudiera, y empleando todos los medios; para luego mirar desde la altura con orgullo y satisfacción el éxito alcanzado, y ello, aventurando de perder su propia alma; o bien, el de dar testimonio de la verdad, siempre y en cualquier lugar, aún a riesgo de sacrificarse personalmente por los ideales que a uno se le presentaban como verdaderos. No vacilé en darme la respuesta, y entonces la elección ya estuvo hecha.

Como dice León Bloy, "la única tristeza es la de no ser santos", y para encontrar el camino de la santidad, lo primero es buscar el reino de Dios y su justicia. Además, sólo tiene derecho a llamarse hombre el que es capaz de vivir conforme a sus ideales, sin claudicar ni vacilar, y sólo ese vive una vida de plenitud, ya que lo demás es llevar una existencia mediocre, una vida que sólo tiene de tal aspecto físico, pero que espiritualmente es una agonía. Si nuestra inteligencia nos muestra un camino, como el único verdadero, nuestra voluntad no puede tener otra alternativa que poner toda la potencia de nuestro ser en su consecución, cualquiera que sean las consecuencias, buenas o malas, que nos pudiera acarrear la elección. Sólo así nos haremos dignos de nuestra misión, y podremos dar una cuenta honrada de nuestros actos al Supremo Hacedor, ya que en verdad, ya que en verdad, podemos decir con el filósofo que "la peor acción la que no se ejecuta". La moral nos exige tomar este camino, e incluso debemos escogerlo, también, por razones de orden práctico, porque, como dijo Abraham Lincoln, "si los pillos supieran las ventajas de ser honrados, serían honrados de puros pillos".

Pero me daba cuenta, así mismo, que el tomar yo una determinación en este sentido, me sería duro y me acarrearía un sin número de dificultades. Que velando por mi interés personal, sería más útil que yo no me definiera, porque de esta manera podría labrarme más fácilmente una buena situación, ya que talvez no encontraría tantas dificultades ni oposiciones. Que al adoptarla, sería la piedra de escándalo, a la que hasta los más imbéciles se sentirían autorizados a criticar. De todo esto me daba cuenta, pero era un problema de elección, y entre el interés personal y la honradez moral e intelectual, no cabía dudar;

e) La otra objeción formulada era la relativa a la posición frente al comunismo. Como yo tenía la misma vuestra, me era fácil replicarles; y más aún hoy en día, en que se pretende engañar a la burguesía con la cortina de humo de una lucha anticomunista, que sólo ha sido lanzada para encubrir la ineptitud, la ineficacia de los esfuerzos para construir un orden más humano y digno, y la lucha brutal en que los elementos de la reacción están empeñados contra la organización social de los trabajadores.

Hay que ser anticomunista, porque esta doctrina atea y materialista, que hoy se ha impuesto a tantos países por la fuerza de un imperialismo brutal y despiadado, tanto o más inhumano que el nazismo o fascismo, constituye el peligro más grande



que se cierne sobre la civilización occidental, como lo ha hecho presente el Sumo Pontífice. Las democracias tienen el derecho de defenderse contra estos enemigos que conspiran contra su existencia. Pero todo ello no justifica el empleo de medios ilícitos, porque si bien es cierto debemos percibir el error, debemos estar llenos de consideración hacia los que yerran, el corazón abierto para comprenderlos; porque "no basta ser anticomunista para ser cristiano". Por otra parte, además de ilícitos los medios que protagonizan estos traficantes de guerra han fracasado históricamente, y por lo tanto son, en definitiva, ineficaces:

f) Por último, me habían sostenido que "eran enemigos de Cristo y que cual Judas, lo entregaban a sus crucificadores, por un vil precio".

Cuan injusto y arbitrario me parece este cargo. Yo os conozco, y puedo decir de todos los que he tenido el gusto de tratar (por supuesto, debe haber excepciones), que dentro de las imperfecciones humanas constituyen ejemplo en nuestra cristiandad seglar. Dentro de un ambiente tan materializado como el nuestro, en que la figura de Cristo está tan alejada de nuestros corazones; en que no se vacila en abandonarlo por un negocio, una diputación o un amorío; en que los que debieran dar testimonio de El se comportan como "los hijos de las tinieblas"; en que ya no se trepida en decir que la ley de la caridad es ingenua y que sólo es eficaz y recomendable la ley del Tali6n; en que se han abandonado las prácticas de la piedad y la frecuencia de los sacramentos, como la fuente más poderosa de vida espiritual; cuando los hombres están solamente dominados por un apetito insaciable de goces y pasiones; constituyen centenares los de vosotros que os desayunais con la Hostia Santa, y que vais a buscar alegría en la soledad de un convento o de una Casa de Ejercicios; los que agotais vuestras fuerzas y empalideceis vuestros rostros en el servicio de los humildes; los que quitandole horas al sueño y al justo descanso enseñais a los obreros; los que entregais parte considerable de vuestros ahorros en manos de los necesitados. Cuando esto se ha visto, como yo lo he visto; cuando uno ha tomado conciencia que los más de vosotros sois verdaderamente "humildes y caritativos", pacientes y resignados", no comprendo como puede llegar la ceguera, porque no quiero creer en la mala fe, que pretenda hacerlos aparecer como enemigos del Dios a quien amáis y servís noblemente.

Por otra parte, cuando asistí a vuestro último Congreso, y vi la magnífica unidad que en él había; y esa cosa extraña en una reunión política, la sinceridad con que cada cual actuaba, y la perfecta comprensión que tenían de los problemas, tanto los intelectuales como los trabajadores ví que eraís fuertes, y que en medio de una aparente debilidad, había en vuestras filas campeones de verdad, como yo entiendo la fuerza y el valor.

Cuando se hubieron desecho en mi mente todos estos argumentos en contrario, percibí claramente una verdad: Que eraís honrados, que podíais estar

equivocados, porque indudablemente, en estas materias no hay nadie infalible; pero que vuestro planteamiento era también el mío, y que por lo tanto, debía estar con vosotros.

Esta conclusión a que llegué y sus fundamentos son un testimonio de fe absolutamente imparcial, y he querido exponer públicamente por un imperativo de conciencia; para que él, en toda su pequeña trascendencia, pueda servir de aliciente en vuestra lucha. Es una declaración de quien sin prejuicios ni ideas preconcebidas, ha tratado de conoceros como realmente sois, y no como os hace aparecer la intencionada caricatura de los que os critican.

Comprendo que dada mi situación personal esta decisión me importará, en un comienzo, dificultades, sinsabores y duras críticas pero estoy dispuesto a sobrevellarlas, para ser honrado con mi conciencia, y para traducir prácticamente los ideales sociales que abrigo. Me guía a esto la fuerza de una pasión y la íntima esperanza que daremos un mentiz a todos aquellos que dudan de nuestras posibilidades, porque al fin triunfaremos, pese a quien pese. La fuerza de nuestra sinceridad, la justicia es nuestra causa y el ejemplo de nuestras vidas, todo lo cual tenemos el imperativo de conservar inmaculada, nos dará la victoria, con la ayuda de Dios.

Sé que mi contribución a esta causa será muy modesta, ya que carezco de esa vocación política integral que hace que los hombres puedan dedicarse a ella por entero; habida consideración que siento un inmenso cariño por la profesión que he elegido, y a cuyo cultivo pienso dedicar gran parte de mi tiempo. Pero mis limitaciones creo que pueden verse superadas por la fe y el entusiasmo.

En este día, de tanta trascendencia para mí, quiera hacerme el favor, mi grande amigo, que con vuestro talento, honradez y buena voluntad, tanto habéis hecho en mi formación intelectual, de presentarme a ese vuestro partido, Falange Nacional, y rogadles tengan a bien aceptarme como uno de sus militantes, para así poder exclamar mañana, junto a todos vosotros con profunda emoción, ese grito de combate, ante el cual mi espíritu se conmueve íntimamente:

"Juventud Chilena, adelante"

Suyo afectísimo

Máximo Pacheco Gómez